



Las esperanzas de un acuerdo general entre la U.R.S.S. y U.S.A. se centran en las conversaciones de Ginebra para el desarme y en la no-proliferación nuclear.

DOS ideas se combaten mutuamente en estos momentos. Una de ellas es la de que Estados Unidos y la URSS están condenadas a un entendimiento general, forzadas por la necesidad de supervivencia que está en riesgo en la era termonuclear; cualquier factor de división entre estas dos superpotencias debe ser abandonado, puesto que tiene menor importancia que la destrucción mutua a que se exponen en el caso de ahondar en esos factores de división. La idea contraria sostiene que un acuerdo general que se realizase sin resolver primero concienzudamente los factores de separación que existen en el mundo dejaría sin saldar los focos de peligro que, tarde o temprano, conducirían a un nuevo enfrentamiento. De una manera muy amplia se puede decir que los partidarios de la primera fórmula se reclutan entre personas de espíritu liberal y amplio, nula o escasamente fanatizadas por las ideas fijas y las doctrinas políticas, con tendencia a la internacionalización del mundo. La segunda fórmula es amparada por los conservadores, los enemigos de un cambio demasiado brusco, los que temen que la «pureza» de las ideas se contamine. Además de estos dos grupos psicológicos, hay una importante defensa de intereses. Los «factores de división» que separan a las dos superpotencias en el mundo actual no son puramente abstractos. Por el contrario, las vidas y los intereses de unos millones de personas están en juego. Hay todavía países que viven sobre la base de la división del mundo en dos grupos. Merced a esta división han ascendido y se han mantenido en el poder determinadas clases, determinados grupos de negocios; se han podido constituir estructuras cerradas, organizaciones sociales con escasa permeabilidad —es decir, con muy poca o ninguna posibilidad de que asciendan unos y de que descendieran otros—. En la época de la secretaría de Estado de Foster Dulles, los Estados Unidos crearon unos «estados-tampón» cuyo destino era contener el posible avance de la URSS; fortalecieron unos partidos políticos nacionales que debían luchar contra la expansión de las ideas de tipo progresista; regaron el mundo de dólares; sostuvieron con sus empresas —y con sus bases, y con sus empréstitos— unas economías nacionales desfallecientes como consecuencia de la guerra mundial; sostuvieron unos políticos contra otros. El reciente escándalo de la C. I. A. pone al descubierto algo que en realidad se sabía ya en todo el mundo político: la financiación de organizaciones, la organización de subversiones y golpes de Estado con objeto de mantener el equilibrio del mundo.

Todo este enorme tinglado, toda esta fabulosa creación del mundo occidental a partir de Washington y de Moscú, tendría que venirse abajo si se llega al tipo de acuerdo global previsto. Muchos creen que es inevitable que se llegue a este acuerdo y que, precisamente, si no se ha llegado ya es porque los responsables actuales de los «factores de división» se oponen ferozmente a ser sacrificados. Rostow, ayudante especial del Presidente Johnson en asuntos

UN NEGOCIO EN QUIEBRA LA GUERRA FRIA

por **EDUARDO HARO TECGLÉN**

tos de seguridad nacional —una de las figuras de mayor importancia de nuestra época—, decía hace unos días en la Universidad de Leeds que «el conflicto del Vietnam debe ser la última confrontación importante de la era de la posguerra». El «New York Times» señala en un editorial que «afortunadamente la tendencia en favor de una mejora en las relaciones entre la URSS y Estados Unidos está siendo construida desde hace mucho tiempo». Para «Newsweek», «en lugar de que la URSS y Estados Unidos se enfrenten uno con otro, llevando tras sí una cohorte de aliados arrastrando a lo lejos, las dos grandes potencias tendrán sus fuerzas unidas para imponer unos acuerdos que sus aliados encuentran malos: esto, de hecho, no está demasiado lejos de la «hegemonía de las superpotencias» contra la cual han advertido frecuentemente China y Francia, pero en un mundo peligroso puede ser la salvaguarda más realista de la paz».

Las esperanzas de acuerdo general entre la URSS y los Estados Unidos se centran en estos momentos en las conversaciones de Ginebra para el desarme y de una manera concreta en el tratado de no-proliferación del arma nuclear. Las conversaciones se celebran desde hace seis años y no han dado ningún fruto espectacular. Si lo dan ahora no es precisamente por la reunión en sí, sino porque previamente —como sucedió en 1963 con el tratado de Moscú para la prohibición de pruebas atómicas— las dos superpotencias se han puesto de acuerdo. Una y otra han omitido pura y simplemente consultar a los países no-nucleares, y éstos se quejan amargamente. Hay siete países que tienen posibilidad de llegar en breve plazo a conseguir bombas atómicas: Alemania Federal, Italia, Suecia, Canadá, Israel, India y Japón. Si se bloquea en este punto la evolución atómica, estos países se quedarán a las puertas de lo que consideran su grandeza militar y su mejor oportunidad de defenderse de sus vecinos y, a la larga, de imponerse a ellos. A la cabeza de las protestas figura, evidentemente, Alemania Federal. Alemania Federal fue el peor error de la política de Washington en la posguerra. Se pensó para ella en el Plan Morgenthau, que consistía en arrasar sus industrias y dejar a los alemanes entregados a la agricultura y al pastoreo para siempre; de este plan absurdo e injusto, se pasó al de rearmar a Alemania, convertirla en un Estado guerrero, en una vanguardia militar de los Estados Unidos en Europa. De esta forma, mientras los demás países del continente europeo —salvo algunas excepciones, como la británica— han podido ir reconstruyendo lentamente su economía para una era de paz, Alemania Federal se ha quedado anclada en el punto de «estado-tampón» en que la dejó Foster Dulles.

«Esto no puede seguir así —decía hace unos días el canciller Kiesinger, hablando de las relaciones de Alemania Federal con Estados Unidos—. No hablamos más que de temas de discusión; ya no hablamos de intereses comunes». Esta frase revela el cambio radical de la situación. Y lo aclaraba aún más asegurando que, a pe-

sar del continuo antagonismo entre el Este y el Oeste, se ha establecido y prospera una «federación atómica» entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

La contradicción es la que queda enunciada en el principio de este artículo, entre las dos ideas generales dominantes. Y la posición conservadora de Alemania Federal asume la segunda fórmula, es decir, la de que no se debe llegar a ningún acuerdo general mientras no se resuelvan los puntos de fricción particulares. Dentro mismo de Washington, las dos ideas se enfrentan. Los senadores conservadores —el ala derecha del partido republicano, principalmente— se oponen como pueden a cualquier adelanto en los acuerdos. El F. B. I. y la C. I. A. se han manifestado recientemente opuestos a la idea de un acuerdo consular entre la URSS y Estados Unidos, que amplíe el número de consulados respectivos, alegando que de esta forma «se facilitaría el espionaje soviético en los Estados Unidos». En el Senado, los hombres de Goldwater han estado durante mucho tiempo —hasta que al fin han cedido— oponiéndose a dicho acuerdo. «El objetivo real —escribe a este respecto el "New York Times"— de la dura lucha conducida por los extremistas de extrema derecha contra este acuerdo, es la política general del Presidente Johnson de mejorar sus relaciones con Moscú».

El escritor político conservador francés, Raymond Aron, señala muy gráficamente el antagonismo entre las dos ideas. «El tratado de no-proliferación implica una especie de acuerdo ruso-americano —acuerdo entre estados aliados y enemigos a la vez— para limitar las guerras, o más bien para imponer la paz. El símbolo de esta alianza-hostilidad es visible: los nordvietnamitas abaten bombarderos norteamericanos con cañones rusos, pero la Unión Soviética y los Estados Unidos están de acuerdo para suministrar armas a la India y protegerla contra la agresión china». Lo que quiere significar

Aron es que mientras la URSS y los Estados Unidos no cesan en su carrera de rearme, una contra otra, las dos se declaran unidas para dominar a los demás países. La paradoja está astutamente construida, pero es irreal. Lo que los dos países pretenden es, simplemente, evitar que un tercero pueda utilizar la hostilidad entre ellos para medrar y para provocar una guerra de alcance cósmico.

Claramente examinada, la cuestión es que muchas naciones sacrificaron parte de su independencia nacional para adscribirse —por vocación o por la fuerza de la geografía— a uno de los dos bloques que quedaron enfrentados en la posguerra, aun a riesgo de verse envueltos sin remedio en una segunda guerra mundial —puesto que no sólo suscribían pactos multilaterales o bilaterales, sino que albergaban bases de enorme potencia ofensiva—, y, sin embargo, ahora consideran a gritos que su independencia está ofendida porque los dos bloques, con un acuerdo más o menos esbozado aún, tratan de dirigirles hacia la paz, de «imponerles» la paz, como con una frase subconscientemente cínica describe la situación Raymond Aron. ¿Se puede honestamente proclamar su adhesión, a trueque de incurrir en la destrucción atómica, a un organismo hegemónico de guerra como el Pacto de Varsovia o la OTAN, capaces de imponer duras obligaciones a sus miembros, y luego negarla a un posible acuerdo que trata de evitar los riesgos de guerra? Solamente si las clases en el poder en los países que se oponen a este acuerdo se benefician personalmente o por los grupos de presión que representan del gran negocio de la guerra fría. Un negocio que puede quebrar rápidamente si las contradicciones políticas del mundo actual van en ese sentido, si Asia no se incendia, si la escalada americana se detiene —y, por el contrario, parece que empeora— y si los «duros» del mundo no provocan una situación que la URSS y los Estados Unidos no sean capaces de controlar.

Alemania Federal se ha quedado anclada en el punto de estado-tampón en que la dejó Foster Dulles. Del injusto plan Morgenthau, que quería arrasar sus industrias y dejarla en campo de pastores, al rearme de Dulles, el salto ha sido grande por influencia de la guerra fría. El camino de la paz pasaba por otra parte.

